

El mono que piensa

La Historia Universal da risa

Esteban Valentino





www.loqueleo.santillana.com

© 2003, ESTEBAN VALENTINO
© 2003, 2006, EDICIONES SANTILLANA S.A.
© De esta edición:
2016, EDICIONES SANTILLANA S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4616-7
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: enero de 2016

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA
Ilustraciones: TABARÉ

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN
Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHURRILLAS Y JULIA ORTEGA

Valentino, Esteban

El mono que piensa / Esteban Valentino ; ilustrado por Tabaré. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2016.

152 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Azul)

ISBN 978-950-46-4616-7

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Tabaré, ilus. II. Título.

CDD A863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Esta primera edición de 1.000 ejemplares se terminó de imprimir en el mes de enero de 2016 en Primera Clase Impresores, California 1231, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, República Argentina.

El mono que piensa

La Historia Universal da risa

Esteban Valentino

Ilustraciones de Tabaré

loqueleq

*Para Beto,
tan padre tantas veces,
tan hermano siempre.*

¿Cómo fue que aparecimos sobre la faz de la Tierra? ¿Cómo dejamos de ser primates irracionales y comenzamos lentamente a convertirnos en esto que somos? ¿Le hicimos bien al planeta o le hicimos mal? ¿Hubo un primer mono que fue aunque más no fuera un poco, mínimamente, consciente de que era distinto de los otros? La antropología da sus respuestas científicas para muchas de estas preguntas. Aquí se propone resumir los millones de años que llevó la evolución de nuestra especie en un solo y mágico momento. Como sea, en algún instante lejanísimo de nuestra Historia, los hombres empezamos a ser los hombres. ¿Estuvo correcto que eso pasara? A mí me gusta pensar que sí, que aquel pariente casi mono casi humano hizo bien en empezar a caminar erguido.

CUANDO BAJAMOS DEL ÁRBOL

Arriba del árbol, recostado sobre una mullida rama, abarrotada de hojas tiernas y delicadas, el mono pensaba.

Esa sola frase debería haberle bastado para convencerlo de que algo importante estaba por pasar. Claro. Je. Pensar. Se dice fácil. Hoy en día cualquiera llega a su casa, cierra la puerta, mira a su familia y les comunica, como si acabara de inventar la rueda: “Estuve pensando”. Ay, sí, qué notable. ¿Y? Nada, que el tal cualquiera no ha hecho nada del otro mundo. Hace siglos que los hombres piensan. Bien o mal. Pero piensan. ¿Pero hace seis millones de años, un mono, recostado sobre una mullida rama abarrotada de hojas tiernas y delicadas? No. Eso no era cosa de todos los días. Es decir, nadie pensaba que se pudiera pensar. Bueno, entre otras cosas porque nadie pensaba.

La vida era sencilla. Uno se despertaba, se agarraba firmemente con las dos manos de la primera liana que encontraba y se arrojaba al vacío

hasta encontrar otra rama que pudiera servir de soporte. Allí arrancaba alguna fruta y comía. No, todavía no se sabía que eso era un desayuno. Para saber que un acto es algo hay que saber pensar y ya dijimos que, salvo el mono aquel de la mullida etcétera, eso no se usaba demasiado. Bien, estábamos en que Uno se levantaba, la liana, el salto, la nueva rama y la fruta. Toda una historia. Pero para decirlo rápido, eso ya era bastante tonto. La rama en la que ese Uno se despertaba estaba llena de frutas cercanas. A Uno le hubiera bastado alargar la mano para hacer lo mismo que hacía después de su viaje por el aire. Vamos. Hoy estaríamos hablando de un desayuno en la cama. Pero Uno no pensaba en esas cosas. Uno no pensaba en lo que era más cómodo. Uno no pensaba. Primera conclusión que podemos sacar nosotros, que sí pensamos. Uno no era el mono aquel de la mullida rama. El mono de la mullida rama era, pues, Otro.

No, tampoco había nombres. Sí, muy bonito, pero éste es un cuento de seis millones de años más tarde a la bendita aventura de la rama y los monos eran un montón y todos casi iguales y si vamos a decir algo que se entienda de alguna manera tenemos que diferenciar a un mono de otro. Tenemos entonces que Uno es el que salta a lo pavo de rama en rama y Otro es el que piensa, recostado

sobre la mullida rama. Dos personajes. Ya. Ya va tomando color este asunto.

Mientras pensaba, y casi sin darse cuenta, un buen día, Otro estiró la mano, tomó una fruta y se la comió. Hacer eso tan simple y darse cuenta de que él era distinto a Uno y a Los Demás fue una sola cosa. Otro se paró sobresaltado. Dudó. ¿Lo habían visto? ¿Se habían dado cuenta Otro y Los Demás de su gesto cotidiano y a la vez tan distinto? Las diferencias siempre son motivo de temor para el resto y de soledad para un... es decir, para Otro. Pero no pudo seguir con su preocupación porque sintió que otro interrogante le invadía el espíritu. Cuando se paró sobresaltado. Sí, por todos los santos, unos pocos renglones más arriba. ¿Ya? Bien, decíamos que cuando Otro se paró sobresaltado, dice el texto... "Dudó". Dudó. Pero, ¿qué era la duda? Hasta ese día nadie había pensado nada. Mucho menos dudar. O sea, no se sabía que se pudiera dudar. Qué sé yo, nadie dudaba. O dudaban sin dudar. No, diccionarios tampoco había. Graciosos.

Resumamos ese día ya bastante complicado de Otro. Primero estaba pensando, después tomó una fruta sin el viaje en liana y trascartón, dudó. Sí, un día de aquéllos. De ésos que uno dice: "¿Por qué no me habré quedado en mi rama?". Pero allí no

terminaron las complicaciones. Si vuelven otra vez algunas líneas arriba como hicieron antes, van a ver que allí se relata que Otro sintió que un nuevo interrogante “le invadía el espíritu”. El pobre mono quedó paralizado del terror. “El espíritu, ¿qué diablos es eso?”, se preguntó. “¿Es que soy algo más que este simple cuerpo de carne y pelos que me permite comer las frutas de los árboles, viajar de rama en rama hasta encontrar una lo bastante mullida como para estar a gusto y vamos, hemos de confesarlo, buscar con alegría a aquella mona que no recibe con desagrado mis visitas?”. Como se ve, el pensamiento de Otro había empezado a hacerse algo más complejo. Pero eso no le quitó el miedo de que Uno y Los Demás notaran tantas diferencias y lo dejaran de lado. Temía perder su rama, perder sus frutas, perder su mona. Debía averiguar si su vida dentro del grupo corría peligro.

Como quien no quiere la cosa, haciéndose el distraído, silbando tal vez una bella melodía de moda, Otro se acercó a Uno, que acababa de posar sus poderosos pies en un árbol cercano y que se entretenía en devorar cuanta fruta quedara a su alcance. Otro lo miró amistosamente como diciéndole: “¿Y, qué tal el trabajo, mucho tránsito en las lianas?”. ¿Y qué quieren? Los idiomas no

existían y además ya dijimos hasta el cansancio que Uno era algo corto de entendederas. Imaginen su sorpresa si Otro se hubiera acercado a él y así, con algo de desgano, le hubiera preguntado: “*How are you, One?*”. De modo que hizo lo que pudo. Se acercó y lo miró amistosamente. Uno respondió la mirada y siguió comiendo. “No parece haber ninguna suspicacia”, pensó. Y enseguida: “Cielos, ¿qué será una suspicacia?”. Pero si lo analizan bien es normal. El pensamiento era un hecho todavía muy nuevo para él y ya se sabe que a lo nuevo se tarda en agarrarle la mano.

Acto seguido, Otro viajó hasta donde se encontraban Los Demás. Nada muy distinto de lo que hacía Uno. Bah, la rutina de siempre. Una liana, varias frutas, una liana, varias frutas. “¡Qué monotonía!”, se dijo, pero ya no dudó sobre el significado de lo que había pensado. Aprendía rápido el muchacho. Es más, de golpe se sonrió y pensó: “Bueno, somos monos. Es lógico que tengamos una vida mono-tona. Si fuéramos tigres tendríamos una vida tigre-tona y si fuéramos mamuts, una vida mamut-tona”. Aún no lo sabía pero acababa de inventar los juegos de palabras. Se arrojó sobre la rama y empezó a desternillarse de risa. Un error.

De inmediato se dio cuenta de que había metido la pata. Es que hasta ese momento nadie

había reído nunca. La risa era tan ajena a los monos como el pensamiento. Pero a la vez tiene más, digamos, repercusión social. Claro, la risa es, entre otras cosas, un sonido. Y fue ese sonido lo que oyeron Los Demás. Hasta Uno, que estaba un tanto separado, se dio cuenta de que algo raro pasaba. Todos rodearon a Otro. Todos, hasta la Mona. Entonces Otro intentó lo que sabía desde el vamos que era una acción desesperada, condenada desde el principio poco menos que al fracaso. Intentó una explicación. No, lo de la vida monotonía hubiera sido muy complicado para ellos. Empezó con lo de las frutas y las lianas. Se recostó sobre una rama mullida, se levantó, tomó la liana más cercana que encontró y viajó hacia otra rama. Allí comió algunas frutas. Después volvió a su rama inicial. Se acostó de nuevo y sin pararse siguió comiendo frutas que arrancaba estando recostado. La idea de Otro era sencilla. Trataba de explicarles a los suyos que no era necesario el viaje en liana para comer, que era posible alimentarse en el mismo lugar en el que se despertaba. Los Demás, Uno, la Mona lo miraban sin decir agua va. “Ahora sí, ahora hay suspicacia”, pensó con tristeza. Tal vez si les explicaba su recién descubierta noción de duda... Perdido por perdido, siguió adelante.